

LA NARRACIÓN ORAL CONTEMPORÁNEA, UN CAMINO POR RECORRER

CARLOS GENOVESE

Actor, director, dramaturgo y Coordinador del Taller de Narración Oral Cuentacuentos
Chile

LOS ORIGENES

Estamos hablando de un arte milenario que, se supone, comenzó en el momento mismo en que el hombre primitivo pudo articular su lenguaje hablado. Después de satisfacer el hambre, se sentó alrededor del fuego, junto con otros hombres de su tribu, y contó lo que le había ocurrido ese día. Los demás escucharon interesados y luego contaron ellos a su vez. De esta manera quedaba inaugurada la primera manifestación narrativa de la especie, llamada por algunos antropólogos: *cuna primera de toda estructura cultural de la humanidad*. Cuando al hombre se le terminaron las historias, las inventó a partir de su experiencia o echando mano a sus sueños o a sus pensamientos más íntimos. Comenzaba ahora la historia de la literatura de ficción que conocería su auge con la invención de la escritura y la imprenta (y su decadencia, dirán algunos, con la invención de la televisión). De allí para adelante el hombre no paró nunca de narrar y siempre encontró a un auditorio ávido de historias con una necesidad telúrica tan fuerte, que nadie podría explicar cabalmente.

La tradición de contar se mantuvo por muchos siglos y se mantiene, hasta el día de hoy, en



muchos países de distintos continentes. En el nuestro se fue apagando poco a poco. Tenemos noticias del siglo pasado que nos informan de los relatos que circulaban en las *tertulias* familiares y sociales, hilvanados con canciones y música de la época. En el campo también se conservó la oralidad y los contadores de historias eran bienvenidos a cualquier casa, en cualquier ocasión. Pero en las ciudades, y sobre todo en las grandes urbes, se extinguieron los narradores orales y la ciudad se quedó sin nadie que contara sus historias.

EL ARTE LLEGA A CHILE

Durante el pasado Festival Mundial de Teatro de las Naciones, ITI-Chile 1993, el narrador, actor y escritor venezolano Rubén Martínez realizó en Santiago el primer Taller de Narración Oral Contemporánea. Y desde ese mismo momento, empezamos a recuperar la palabra perdida. Empezar a contar de nuevo las historias que pueblan un país y que por lo mismo nos habitan. Historias de ayer y de hoy, recogidas oralmente o tomadas de los textos de los escritores contemporáneos.

La verdad es que no costó demasiado. Fue necesario un impulso breve, pero definitivo, para

que se formara el primer taller chileno de Narración Oral: los Cuentacuentos. Un grupo entusiasta de ocho personas en un comienzo, que fue creciendo y renovándose con los sucesivos talleres dictados por integrantes del grupo en Santiago y recién ahora en regiones.

Nos instalamos al alero de un café cultural, La Casa en el Aire (todo un símbolo para enhebrar ficciones), cuyo dueño venía llegando de un largo exilio colombiano, país donde abundan los cuentos y los cuenteros. Y el fenómeno de la comunicación no tardó en producirse. Una audiencia cada vez más numerosa llegó a repletar el café cada miércoles en la noche, a la hora del cuento (hasta el día de hoy). Y comprobamos que los jóvenes eran los más entusiastas y receptivos espectadores, o mejor dicho *escuchadores*. Algo mágico se producía cada vez que un narrador y su cuento *enganchaban* con el oyente. Una actitud de encantamiento, de entrega sin límites a la historia. Una sensación gregaria de comunidad escuchante y pensante, visceralmente conectada con el narrador y entre ellos mismos. Una fascinación progresiva con las historias a medida que la sesión progresaba. Un sello de levedad que aliviaba el alma y devolvía cierta lozanía a los espíritus agobiados o escépticos. Fue un académico universitario, Pedro Celedón Bañados, quien nos explicó lo que hacíamos, a través de un artículo en el diario La Epoca: *...este arte ancestral, con la máxima economía de medios, reconstruye la unidad del mundo cada vez que el cuento inunda los espacios, materializando en la simpleza de su ser el encuentro más complejo y democrático del planeta, el de los imaginarios, sus culturas y sus etnias.*

Y fue entonces cuando los cuentos salieron del café. Del aire al aire. Primero: parques, plazas, ferias, municipios. Luego universidades, pasando por el escenario de un teatro (**De boca en boca**, los cuentos delirantes de Jorge Díaz) y finalmente a las regiones y, en la actualidad, ya se vislumbran nuestros primeros viajes de intercambio con el extranjero. Ha sido un calendario intenso para una

actividad que recién cumpliera su primer año de vida, pero está claro que ha sido más fácil y placentera porque responde a necesidades que están en el aire: la de la comunicación directa, personal y a escala humana; la de juntarse con otros iguales a imaginar historias; la de permitirse la ilusión y la emoción; la de recuperar la memoria personal y colectiva; la de gozar del placer de una narración activa, donde el lenguaje y la palabra despliegan todo su poder de sugerencia y belleza.

CUENTO Y SOCIEDAD

Creemos que es más necesario que nunca desarrollar el arte de narrar entre los jóvenes: colegiales, universitarios, trabajadores. Y que el país entero se ponga a contarse sus historias. En pequeños espacios, en los barrios, en las aulas, en las parroquias, en los sindicatos, etc. El cuento puede conseguir, mejor que cualquier campaña televisiva, el verdadero encuentro de la gente, con sus componentes básicos de verdad, unidad en la diversidad, relación humana y sentido de comunidad. En este caso, el arte puede ayudar a la política en la dura tarea de reconstruir lazos y tender puentes que la propia política ha roto. Pero no desde el discurso oficial y muchas veces ajeno, sino desde la vida cotidiana, superando la brecha que la separa de la vida ciudadana. La capacidad unificadora del cuento y del acto de narrar en grupo introduce una mirada integradora en la realidad de quienes lo comparten y viven la experiencia. Integrando lo social y lo político, lo público y lo privado, lo personal y lo colectivo, lo racional y lo afectivo. Es decir, que estaríamos en presencia de un arte profundamente humanizador y, por lo mismo, espiritualizador y reparador de los detrimentos, angustias y vacíos que produce nuestra sociedad actual, regida por normas de status, comercio y consumo ilimitadas. Para terminar y decirlo sin pudores: ¡si de utopías se trata, apostamos por el cuento, porque en él todos cuentan!